



CARTA A LOS SACERDOTES PARA EL JUEVES SANTO 2021

SANTIDAD: FIDELIDAD Y FELICIDAD

En el XXX aniversario de la muerte del
venerable José Rivera
(25 de marzo de 2021)

*“Lo que se busca en los administradores
es que sean fieles” (1 Co 4, 2).*

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España



CARTA A LOS SACERDOTES PARA EL JUEVES SANTO 2021

SANTIDAD: FIDELIDAD Y FELICIDAD

**En el XXX aniversario de la muerte del
venerable José Rivera
(25 de marzo de 2021)**

***“Lo que se busca en los administradores
es que sean fieles” (1 Co 4, 2).***

**✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España**

Edita: Arzobispado de Toledo.
Toledo, 2021.

Queridos sacerdotes:

“Lo que se busca en los administradores es que sean fieles”. Son las palabras con las que San Pablo enseña a los corintios a descubrir quiénes eran los verdaderos ministros de Dios. Y son palabras que deben resonar en nuestros corazones sacerdotales con renovado fervor, cuando nos disponemos a celebrar el Jueves Santo, con la Misa Crismal y la Misa *In Coena Domini* y cantaremos en la Vigilia Pascual al “santo y feliz Jesucristo”.

En efecto, será en la Misa Crismal en la que renovaremos nuestras promesas y nuestros deseos de fidelidad sacerdotal. Y lo haremos apoyados en la fidelidad del amor inquebrantable de Jesucristo Sacerdote, que *nos amó con amor de hermanos* (cf. Pref. Misa Crismal) y nos consagró sacerdotes suyos, según su Corazón, sellándonos con el carácter sacramental indeleble que nos garantiza su fidelidad *in aeternum*. Sí, mis queridos hermanos, es la fidelidad del Señor –que nos ha elegido, nos ha consagrado y nos ha enviado– la que sostiene nuestra fidelidad. Por eso necesitamos renovar una y otra vez nuestros deseos de perseverar en esa fidelidad que se busca en los ministros del Señor.

Todos nosotros sabemos –desde los más veteranos hasta los más nuevos– que la gran fidelidad de nuestra vida sacerdotal está entretejida por las pequeñas fidelidades cotidianas. Esas fidelidades diarias a la oración, al rezo sabroso de la Liturgia de las Horas, a la preparación y celebración fervorosa de la Eucaristía, a la propia Confesión frecuente, y a sentarnos diariamente en el confesionario, al rezo del Rosario, a los Retiros mensuales, a los Ejercicios Espirituales anuales, a los encuentros fraternos con otros sacerdotes, al encuentro arciprestal, a la sincera y humilde dirección espiritual, a las lecturas edificantes, a las reuniones

ARZOBISPO DE TOLEDO

de estudio y de formación permanente... Lo sabemos. Nos lo ha dicho Jesús claramente: *“El que es fiel en lo poco, será fiel en lo mucho”* (Lc 16,10). Y viceversa, quien es descuidado, indelicado, infiel en lo poco, será infiel en lo mucho. Es una ley evangélica que se cumple en ambas direcciones, y lo sabemos bien.

Pero *“si hemos sido infieles, Él permanece fiel, porque no puede negarse a Sí mismo”* (2Tm 2,13). Por eso os invito a renovar nuestros propósitos de fidelidad sacerdotal en la Misa Crismal con la confianza puesta en la fidelidad del Señor. Es Él el Fiel. Nosotros queremos ser fieles, y fieles de verdad. Fieles a Jesucristo, fieles a la Iglesia, fieles al don del sacerdocio, fieles al Corazón de Cristo Sacerdote, fieles al pueblo de Dios que se nos ha encomendado... porque *“lo que se busca en los administradores es que sean fieles”*.

Con estos deseos de renovar nuestra fidelidad sacerdotal, quiero traer a la memoria de todos el testimonio de un venerable sacerdote de nuestro Presbiterio Diocesano.

***“Acordaos de vuestros guías,
que os anunciaron la palabra de Dios”*** (Hb 13,7a)

El próximo día 25 de marzo celebraremos (D.m.) el 30º aniversario de la muerte para este mundo del venerable José Rivera Ramírez, sacerdote diocesano de Toledo. Es una efeméride que nos invita a renovar el recuerdo, la admiración, la gratitud y la responsabilidad ante el don de Dios que es el testimonio de este venerable sacerdote para nuestra Diócesis, y también para la Iglesia Universal.

Todavía vivimos muchas personas que conocimos a D. José Rivera en su vida terrena, y que nos beneficiamos directamente de su ministerio y testimonio sacerdotal. Muchos nos beneficiamos del ministerio de su palabra predicada con luminosa claridad y coherencia en tantos retiros, ejercicios espirituales, clases en el Seminario, o en los consejos de dirección espiritual. También nos hemos beneficiado de su fervor y unción en la celebración y administración de los Sacramentos, especialmente de la Eucaristía y de la Confesión, acompañada siempre de una

expiación e intercesión sacerdotal admirables. Y nos hemos beneficiado de su caridad pastoral expresada en su acompañamiento personal, con su testimonio de entrega y sacrificio, con sus orientaciones luminosas y certeras, proféticas, siempre evangélicas, fieles a las enseñanzas de la Iglesia y a la mejor interpretación de los santos.

Al recordar al venerable José Rivera saltan a la luz muchos aspectos admirables de su testimonio personal, siempre sacerdotal, de su enseñanza, de su espiritualidad, que merece la pena que no olvidemos, y que debemos volver a poner una y otra vez delante de nosotros para seguir su ejemplo de celo por la santidad, de combate contra la mediocridad, de fidelidad sacerdotal, como ha reconocido oficialmente la Iglesia al declararlo venerable, modelo, por el ejercicio y la vivencia heroica de sus virtudes sacerdotales.

Podríamos resaltar de D. José su amor y entrega a los pobres y su pobreza, su vida de mortificación y expiación impresionante, su capacidad y dedicación a la lectura y al estudio intensísimo y extensísimo, su capacidad para la dirección espiritual de toda clase de personas y de vocaciones... y muchos aspectos más de su vida ejemplar y de su testimonio. Yo quisiera proponer a todos los fieles diocesanos, y especialmente a los sacerdotes y seminaristas, con motivo de este 30º aniversario y de la celebración del Jueves Santo –teniendo en cuenta las circunstancias que vivimos actualmente en la Iglesia– solamente unos aspectos que debemos considerar de cara a renovar la fidelidad que se busca en los ministros del Señor, en los administradores de las cosas de Dios.

Sacerdote de una pieza

En primer lugar quiero resaltar que el venerable José Rivera tenía una personalidad sacerdotal íntegra. No “integrista”; sí integral y bien integrada. Una personalidad sacerdotal de arriba abajo, como lo definió D. Baldomero Jiménez Duque, otro admirable sacerdote, poco después de conocer su muerte: “D. José Rivera era un sacerdote de cuerpo entero”. Era sacerdote por los cuatro costados, de una pieza. Toda su

ARZOBISPO DE TOLEDO

personalidad era sacerdotal y, desde cualquier perspectiva, siempre resplandecía su ser sacerdotal.

En su conciencia, vivencia y espiritualidad se transparentaba su ser sacerdote, todo sacerdote, siempre sacerdote y nada más que sacerdote. Vivía todo, en todo momento y en cualquier circunstancia, desde su ser sacerdotal, desde su configuración –sacramental– con Jesucristo Sacerdote, Intercesor, Mediador, Buen Pastor y Víctima. Todo lo vivía entregado, sacrificado, ofrecido, inmolado permanentemente, progresivamente, crecientemente, hasta la entrega de su último aliento. Así fue su vida sacerdotal en los diversos ministerios que la Iglesia le encomendó como cura en Santo Tomé o en Totanés, director espiritual en Salamanca y en el Seminario de Palencia, profesor y confesor en nuestro Seminario Mayor de San Ildefonso, director espiritual del de Santa Leocadia para las vocaciones tardías, y también director espiritual de tantos fieles y de tan variada vocación y psicología. Una vida sacerdotal y victimal, ofrecida y entregada en cada momento, hasta el final.

Sus modos y sus maneras concretas, sin duda, estaban moduladas por los carismas personales que el Espíritu Santo le concedió, así como por las cualidades de su personalidad, carácter, temperamento, educación y formación que había recibido. Pero todos esos modos y maneras concretas transparentaron, con sus modulaciones, lo más radical de su corazón sacerdotal, configurado sacramentalmente con el Corazón de Cristo Sacerdote. Ahí está la raíz y la esencia misma de su testimonio sacerdotal, y de su fidelidad.

Quizá haya sacerdotes que no puedan –o no se sientan llamados– a asumir en sus propias vidas esos modos y maneras concretas, vividas y testimoniadas por D. José Rivera. Es comprensible, legítimo, y hasta conveniente, que cada uno cultive la sensibilidad espiritual con la que el Espíritu quiere enriquecerle, y que no caigamos en un simple mimetismo despersonalizador. Pero todos los sacerdotes estamos llamados a vivir radicalmente de nuestro ser sacerdotal, que ha sido configurado sacramentalmente con el Sacerdocio de Jesucristo. Y todos tenemos el sagrado deber de buscar y descubrir en nuestras propias vidas personales, los modos y maneras concretas con las que vivir y

testimoniar –con las modulaciones que sean– nuestro ser sacerdotes, íntegramente sacerdotes, siempre sacerdotes y nada más que sacerdotes, hasta el último aliento. Y es cualidad esencial del sacerdote ser intercesor, expiador, reparador, mediador, buen pastor y víctima ofrecida y entregada, permanentemente, hasta el extremo, para la gloria de Dios y la salvación de los hombres. Fidelidad a nuestro ser.

Amante fervoroso de la Iglesia

Otro aspecto de la vida, testimonio y fidelidad del venerable José Rivera, que merece la pena recordar en estos momentos, es su amor ardiente a la Iglesia. En efecto, era conocido de todos su fervor eclesial, que había aprendido desde muy pequeño en su hogar familiar de la Plaza de Santa Isabel. Allí bebió del testimonio de su hermano Antonio, “el Ángel del Alcázar”, de las reuniones de dirigentes de la Acción Católica, como Manuel Aparici y otros jóvenes apóstoles laicos. Después, durante su formación sacerdotal, la bebió de la mano y el fervor del P. Nieto s.j. en Comillas, y del P. Aldama s.j. en Salamanca, y de la dirección espiritual de D. Anastasio Granados.

Pero su amor a la Iglesia se enfervorizó hasta el apasionamiento con la celebración del Concilio Vaticano II. El venerable José Rivera captó enseguida la presencia activa, impetuosa, del Espíritu Santo, con su fuerza renovadora y conservadora, y con su luz sobrenatural para discernir. D. José siguió la celebración del Concilio desde la oración, la intercesión y la expiación por los padres conciliares. Estudió concienzudamente, sabrosamente, con hambre y sed sobrenatural, los Documentos conciliares. Predicó y explicó sus contenidos por todas partes y en todas ocasiones, tanto a sacerdotes como a religiosos y laicos, como Magisterio auténtico de la Iglesia, iluminado y asistido por el Espíritu Santo para ser conocido y para ser vivido. Y, por eso mismo, sufrió con dolor las sectarias interpretaciones que dieron origen a la llamada “crisis postconciliar”.

Su amor apasionado a la Iglesia le impulsaba a vivir muy expresivamente su fidelidad al ministerio y a la persona del Papa –fuera quien

ARZOBISPO DE TOLEDO

fuere— por ser el Papa, el sucesor de Pedro elegido por el Espíritu Santo, y a su magisterio ordinario y extraordinario. El mismo D. José contaba al respecto la anécdota de una conversación con un seminarista, acerca de la elección papal de Karol Wojtyła, en la que el seminarista le preguntó que si le gustaba el nuevo papa, Juan Pablo II; a lo que D. José le respondió: *“Si no me gusta, será que yo tengo que cambiar de gusto, porque al Espíritu Santo sí que le ha gustado”*.

Estudiaba el magisterio papal, las encíclicas, las exhortaciones apostólicas y pastorales postsinodales, los mensajes, los discursos y homilias de los viajes apostólicos... con el deseo de alimentar y acrecentar su comunión afectiva y efectiva con el Papa. No para juzgar y criticar al Papa o su doctrina, sino para conocerle más y adherirse mejor a él. Para ser más fiel.

Este amor a la Iglesia se transparentaba igualmente en su amor a la Iglesia Diocesana. Creía fervientemente que la Iglesia Diocesana debía reflejar y realizar, con signos claros y eficaces, su maternidad. Es decir, su fecundidad para dar vida; pero también su solicitud para criar a sus hijos alimentándolos, educándolos, formándolos y acompañándolos hasta la santidad. Y, por eso, las instituciones diocesanas debían reflejar con claridad esa maternidad de la Iglesia. Con ese fervor y esperanza vivió el XXV Sínodo Diocesano de Toledo, cuyas Constituciones Sinodales vieron la luz el 23 de noviembre de 1991, pocos meses después de su muerte. El venerable Rivera proponía una *“pastoral de santidad”*, según el espíritu de Juan Pablo II, que unos años después la llamaría *“pastoral de alto grado”*, inconformista, porque *“sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial”* (Novo Millennio Ineunte, 31). A D. José le dolía enormemente que la Iglesia Diocesana pudiera transparentar institucionalmente cualquier pacto con la mediocridad, con la pereza o con un conformismo mundano, que afearía su rostro maternal.

Este amor y fidelidad del venerable José Rivera a la Iglesia y al Papa, a la Iglesia Diocesana y a sus instituciones, debe ser hoy especialmente valorado y apreciado por todos. Pero debe ser muy valorado y apreciado especialmente por todos los sacerdotes, por los seminaristas

que se preparen para serlo, y por todos sus formadores, ya lo sean en el aspecto humano, en el intelectual, en el espiritual, o en el pastoral.

Un regalo de Dios para la Iglesia de hoy

Estamos solamente a 30 años de la muerte de nuestro querido y venerable José Rivera. Todavía somos muchos los que hemos disfrutado de haberle conocido y tratado durante su vida mortal, y nos hemos beneficiado del don de su sacerdocio, vivido y testimoniado tan fiel y ejemplarmente. Sin duda, quienes hemos recibido este don de Dios en nuestras vidas, debemos tomar conciencia de la gran responsabilidad que conlleva. Es un deber de gratitud para con Dios hacer lo posible para que el testimonio del venerable José Rivera no sea olvidado. Y, menos aún, despreciado o tergiversado.

La Santa Sede, por medio de la Congregación para las Causas de los Santos, y por medio de sus minuciosos procesos de examen, ha verificado exhaustivamente la fidelidad y coherencia del pensamiento, escritos, doctrina espiritualidad y enseñanza de D. José Rivera, con el Magisterio y a la tradición viva de la misma Iglesia. Y por medio de las investigaciones y testimonios recogidos, según los procedimientos propios de la misma Congregación, ha comprobado el grado heroico en que vivió las virtudes cristianas y sacerdotales hasta su muerte. Con esta certeza, la Santa Sede declaró el 30 de septiembre, y publicó oficialmente el 1 de octubre de 2015, que D. José Rivera Ramírez, sacerdote diocesano de Toledo, es venerable. Esta declaración oficial debe ser acogida como criterio de certeza y de confianza por todos nosotros.

Esto quiere decir que D. José Rivera es digno de ser venerado por su doctrina, enseñanza y espiritualidad, que es fiel y coherente con el Magisterio y con la tradición viva de la Iglesia. Y que es digno de ser venerado por su ejemplo en el ejercicio y la vivencia de las virtudes cristianas y sacerdotales.

Esto es un gran regalo del Señor para su Iglesia, y particularmente para nuestra Iglesia de Toledo. Todos debemos apreciarlo y valorarlo.

ARZOBISPO DE TOLEDO

Pero de manera muy especial debemos hacerlo, en estos tiempos recios y turbulentos, los sacerdotes y los seminaristas.

He querido resaltar esos dos aspectos de la figura sacerdotal del venerable José Rivera porque son especialmente importantes en estos momentos. *“Lo que se busca en los administradores es que sean fieles”*. No son pocos los sacerdotes y seminaristas que, hoy, se atreven a mostrar de manera clara –o disimulada– su desafección a la comunión eclesial y al Papa, que es quien la garantiza.

Cuando en la Iglesia –desde dentro de la misma Iglesia– se ventilan tantos escándalos sacerdotales y tantos sectarismos ideológicos, el testimonio de la fidelidad de D. José Rivera, como sacerdote de una pieza, amante fervoroso de la Iglesia y *administrador fiel y solícito*, es como una bomba de oxígeno y de esperanza que nos regala el Señor para seguir confiando en la gracia –como hizo D. José– y colaborando sacerdotalmente con ella, para que la Iglesia resplandezca en el mundo como verdadero Sacramento de Salvación.

La figura sacerdotal de D. José se nos da a todos como un regalo de Dios, que debemos recibir con gratitud y del que debemos responder con generosidad.

Conclusión

En el 30º aniversario de la muerte del venerable José Rivera Ramírez, sacerdote de Toledo, y ante la próxima celebración del Jueves Santo y de la renovación de nuestras promesas sacerdotales, he querido recordar el precioso ejemplo de fidelidad sacerdotal que él nos dejó. Y no quiero dejar de proponerlo a todos los sacerdotes y seminaristas, para que lo valoren y aprecien en sus vidas, lo tengan como modelo, y se encomienden también a su intercesión para alcanzar ese *“alto grado”* de vida sacerdotal que necesita y se merece la Iglesia, y que llena de gozo y de felicidad a los sacerdotes que aspiran a él.

Por este motivo he decidido bendecir y colocar una placa a las puertas de la Capilla de San José, en el claustro alto del Seminario de San Ildefonso, para conmemorar este 30º aniversario, de manera que sirva

CARTA A LOS SACERDOTES |

de recuerdo permanente para todos los seminaristas y formadores. El acto lo presidiré (D.m.) el día 24 por la tarde, con la celebración de la Eucaristía en la Capilla Mayor, y la posterior bendición de la placa. Se realizará en el exterior de la Capilla de San José para evitar cualquier signo que pueda confundirse con un acto de culto público al que todavía es venerable.

Rogamos a Dios que pronto manifieste su gloria con un milagro, realizado por la intercesión de D. José Rivera, para que podamos honrarlo como beato en nuestra Iglesia Diocesana de Toledo, a la que tanto amó, como a todas las diócesis, donde fue llamado a ejercer su ministerio sacerdotal sencillo y valiente, pobre, y fiel al Papa y al obispo. Amor y fidelidad que nacían de su profunda conciencia de vivir anclado en el Amor de la Trinidad.

Que nuestra Madre la Virgen, en este jubileo de Guadalupe que estamos celebrando, siga bendiciendo nuestra Archidiócesis con santidad sacerdotal, y con un Seminario nuevo y libre, como quiso D. Marcelo González Martín.

Con mi bendición.

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España.

Toledo, 19 de marzo de 2021,
Solemnidad de san José, esposo de la Virgen María.

